

UNA CARRERA REAL

Dicen en Venta de Baños que hay tres cosas que nunca se explican del todo: por qué el viento silba distinto al caer la tarde, por qué los trenes parecen susurrar al frenar en la estación... y por qué cada invierno durante el Cross algunos corredores sienten que alguien corre a su lado, como si alguien les diese ánimos en la distancia.

Todo comenzó mucho antes de que existieran las vías, cuando el legendario rey Recesvinto despertó una mañana no en su palacio de Toledo, sino en un andén lleno de hierro, humo y un olor extraño a carbón húmedo. Se encontraba en la estación de ferrocarril de Venta de Baños. Un peculiar y humilde pueblo castellano situado en pleno corazón de Castilla, donde los campos dorados parecen no terminar nunca y cuyos habitantes, mayoritariamente labradores, cosechan trigo, cebada y remolacha para su supervivencia.

El rey visigodo, aún con su corona torcida y la capa arrastrando por el suelo, observó cómo un tren rugía a su lado.

-¿Qué clase de bestia metálica es esta que resopla como un dragón encadenado?- murmuró, llevándose la mano a la empuñadura de su espada.

-No es una bestia metálica, es el futuro, respondió una señora con voz clara.

El rey no sabía si creerle, pero al ver cómo llegaban mercancías, viajeros y cartas de lugares impensables, empezó a comprender que estaba en lo cierto. El tren cambiaba el ritmo de la vida. Con el tiempo, el pueblo creció alrededor de la estación. Surgieron talleres, almacenes, casas para ferroviarios y calles nuevas. Algunos decían que el ferrocarril había traído prisa; otros que había traído progreso.

Otra persona, esta vez un hombre, que pasaba por allí, lo miró de arriba abajo.

-Caballero, ¿va usted al Cross?

- ¿Al qué? -respondió el rey, frunciendo el ceño.

Teresa, la hija del guarda de la estación, se echó a reír.

Guiado por la curiosidad, y porque no sabía cómo volver al siglo VII, siguió al revisor hasta un amplio descampado donde cientos de atletas calentaban, estiraban y se preparaban para competir. Era el Cross internacional de Venta de Baños, una de las pruebas de campo a través más duras y prestigiosas, que cuando llega ese día el pueblo late como si una locomotora se tratase. Recesvinto, al ver aquella aglomeración de gente quedó fascinado y preguntó:

- ¿Van a la guerra?

-No, hombre-rió Elena, una joven atleta del pueblo que soñaba con ganar el Cross, vamos a correr.

- ¿Correr... por gusto? -preguntó él sinceramente preocupado por la salud mental de aquella gente.

Cuando los jueces vieron a aquel hombre vestido de rey pensaron que era parte de algún acto promocional.

-Majestad, ¿se anima a participar?, le preguntó uno de ellos.

Recesvinto orgulloso como buen visigodo, jamás rechazaba un reto.

- ¡Acepto!, exclamó eufórico, levantando su espada, que inmediatamente le requisaron y dejaron en custodia por seguridad.
Cuenta atrás, -dijo el responsable de dar comienzo a la carrera. -¡Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno... ya! Se oyó el disparo y toda la gente que estaba presenciando la carrera vitoreó entusiasmada.

La salida fue un caos para él. Los primeros metros siempre son duros debido al barro, a los codazos de los corredores impacientes por salir y al desnivel del terreno, pero como cada año miles de corredores procedentes de diversas partes del mundo se congregan en ese circuito tan especial.

El rey avanzaba con pasos pesados, la capa enredándosele entre las piernas. A los cinco minutos de salida estaba jadeando.

-En mis tiempos- bufó- solo corríamos si no perseguían los francos. A la par, los demás corredores salieron disparados como flechas.

A mitad del recorrido mientras intentaba recuperar el aliento, bebió un vaso de agua de la fuente de Baños de Cerrato que la gente le ofreció y vio pasar un tren cercano. Se detuvo concentrado en el peculiar sonido y recordó algo; el mundo cambia, avanza, se transforma... y quizá él también debía hacerlo.

Una vez recobró las fuerzas, se incorporó, se ajustó la corona y siguió adelante. Como era de esperar no ganó, ni tampoco quedó el último. Cruzó la línea de meta entre aplausos y eso bastó para que sonriera con dignidad real. Ya que lo importante era participar.

La ganadora de ese año fue Elena, quien, con asombro y ojos llorosos de la emoción contenida, no se creía que hubiera logrado la victoria. Se quitó su medalla y se la regaló al rey, quien muy orgulloso aceptó el obsequio de buen agrado, y al mismo tiempo le felicitó por la carrera.

Al terminar, casi una hora después de la salida, un anciano del pueblo llamado Eusebio, se le acercó.

-Eminencia, creo que busca esto- dijo, entregándole un extraño medallón visigodo que había aparecido misteriosamente en la estación. Cuando Recesvinto lo tocó, un remolino de luz lo envolvió y desapareció.

A la mañana siguiente, los organizadores del Cross y el personal de limpieza encontraron una inscripción recién grabada en una roca cercana al circuito en la que ponía/se podía leer:

“Aquí corrió Recesvinto, rey de los visigodos, que aprendió que ni el tiempo ni el hierro detienen al que sigue adelante”.

Desde entonces, cada año que se celebra el Cross, algunos corredores aseguran que, en las mañanas frías de invierno se escucha una voz antigua animando desde la distancia.

- ¡Corred, valientes, que ni los francos os alcanzarán!”

